



“Unamuno fue severo, pero no era un canalla”

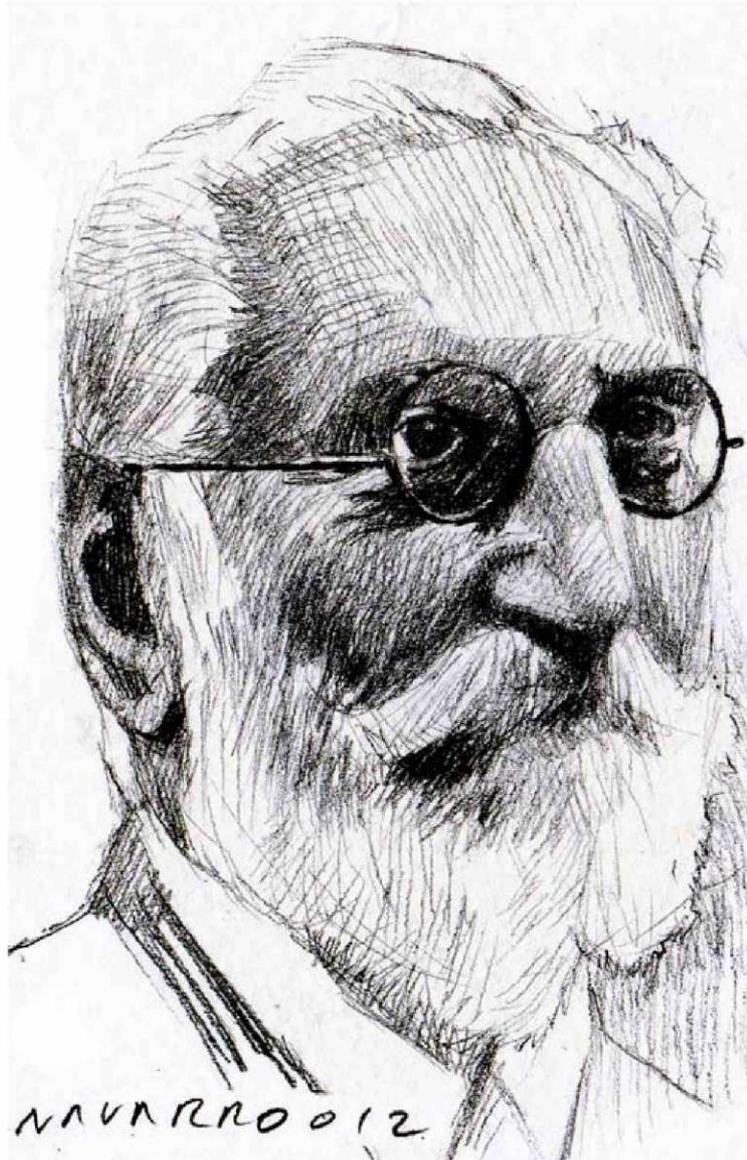
Jon Juaristi firma una biografía exhaustiva del pensador ● Fue el primer nacionalista vasco, el primer ensayista español y un solitario que no quiso alinearse con nadie ni en lo político ni en lo literario

F. Uríbarri. Madrid

Miguel de Unamuno (Bilbao, 1864-Salamanca, 1936), cuenta Juaristi “es

para sus biógrafos, porque su vida abarca un ciclo completo de la Historia de España, desde el liberalismo del sexenio democrático hasta la Guerra Civil”. Aunque sea gratificante, no es fácil: “Tuvo una vida complicada, participó en la modernización de España en las utopías regeneracionistas y se metió en todos los fregados...”, dice Juaristi. No le disgusta su figura aunque no era un tipo simpático Unamuno, y era dueño de un ego poderoso que le llevó a hacer suyos los acontecimientos de la Historia de España.

Tenía orgullo de casta el pensador vasco, “y una sed de eternidad, una constante contradicción, una dicotomía entre razón y fe”, afirma este biógrafo que confiesa que en esta obra ha querido hacer énfasis en lo que da carácter de eminencia al autor de *El sentimiento trágico de la vida*. Destaca como eminente el que Unamuno haya ofrecido al regeneracionismo “un nuevo lenguaje, el del la autorreflexión crítica que es el ensayo”. Según su biógrafo, Unamuno fue el precursor de este género en España: “Antes de él no hubo ensayo. Lo de Clarín eran reseñas y críticas literarias. Él crea el



ensayo cervantino antes que Madariaga, Ortega y Américo Castro”, resalta Juaristi.

Su postura era un volantazo constante contra unos y contra otros. Comenzó siendo nacionalista vasco. Sabino Arana le debía todo, dejó dicho en una carta dirigida a

Tenía sed de eternidad y una dicotomía entre razón y fe

Alfonso Reyes. Pero después abrazó un republicanismo federal y más adelante lo que su biógrafo denomina “nacionalismo sui géneris”: “Con Primo de Rivera fue el exiliado con mayúsculas. Y cuando regresó tuvo un distanciamiento progresivo con la República que le llevó a aplaudir la sublevación de los militares”, cuenta Juaristi. Este apoyo al levantamiento militar concluyó en ruptura, bien plasmada en su célebre enfrentamiento con Millán-Astray en aquel acto del paraninfo de la Universidad de Salamanca donde espetó al militar “yo que soy vasco, llevo toda mi vida enseñándoos la lengua española que no sabéis”. Unamuno y Millán se encendieron en un debate exaltado. “¡Muera la inteligencia!”, llegó a proclamar el militar, y el acto terminó con la salida airada del vasco.

Unamuno no era fácil de carácter, comenta Jua-

risti. En su opinión “era un neurótico de manual, con sus ataques de ansiedad, sus disneas y apneas”. Era tacaño y no resistía demasiado bien las discrepancias “las consideraba un ataque. Se hizo enemigos pronto y eso le gustaba porque le obligaba a pensar, alimentaba su ego. Tenía una personalidad rígida”, dice el autor de su biografía. Pero fue un padre muy cariñoso, que sufrió lo indecible por la muerte, primero de su hijo Raimundín y luego de Salomé, su favorita.

Es la figura de un hombre solitario. “En lo colectivo, Unamuno no encontró acomodo. Tendía a tomarse todo muy en serio. Era severo con sus contemporáneos, pero no era un canalla”, apunta Juaristi. Y fue un trabajador incansable. Escribió muchísimo “más que el tostao. Sólo su epistolario es el equivalente al de toda su generación junta”, dice Juaristi.

Vivió una época (de 1917 a 1923) que se parece al momento actual por el gran pesimismo y la fuerte eclosión del nacionalismo. “Pensaba Unamuno que Cataluña estaba entonces en una vía de secesión casi inmediata”, cuenta Juaristi.

Su pesimismo no remitió. Al morir se consideró a sí mismo como una expresión del fracaso español. Una de sus últimas frases fue “Dios no puede volver la espada a España”. Y de nuevo, sostiene Jon Juaristi, identificó España consigo mismo.